AYUA

Judith Komorebi

Image not found.

Capítulo 1

AYUA

En medio de la rutinaria partida de cartas, mientras la lluvia va regando los cultivos de café sobre la tarde sabanera, se disponen los obreros a fumar y, entre sorbos de aguardiente, hacer de su descanso un encuentro con el mundo por medio de la charla. Las mujeres en sus enredos culinarios despellejan la gallina con su algarabía popular, dejándole al cuchillo la tarea de pelar las últimas cualidades que les quedaban de sus conocidas, adjuntándose todo en la caneca de los desperdicios. Por su parte, los perros se arrellanan en la pereza del cuerpo, mirando con resignación el horizonte que hace unos minutos habían recorrido satisfechos acompañando a sus dueños en la labor de la colecta. El medio día llueve en sí mismo. La vegetación mira a los habitantes de la casita con cierto respeto y sin celos. En el fondo no sufre por estar mojada, tampoco envidia la suerte de los que están resguardados; respeta hasta sus jugadas secretas que se pudieran descubrir con solo entornar la mirada. Vive cada árbol en su mundo de silencio absorto, en su mundo de ligero compromiso con todo lo vivo, en su plácida existencia del eterno presente. Algunas aves y millones de diminutos insectos pululan entre las flores rojas y las plantas abiertas. Todo es paz y vive en paz entre el llanto pacífico del cielo.

Todo es paz afuera y la casita de fachada poco trabajada, también se recuesta sumisa en la muda tarde. Las bancas de madera habitan la resignación sabia de haber soportado la retaguardia de varias generaciones, de haber sido testigos de tantos días iguales como ese, en el que el hedor de los cuerpos que han labrado desde temprano, aromatiza el encuentro reconfortante de los varones. Es privilegio de las moscas estar en el epicentro del juego, revoloteando entre diez manos alrededor de la mesa contando las tuyas. Al centro está el señor de casa, mordisquea sin piedad un palillo y su ceño da la impresión de estar concentrando toda su razón en el movimiento de sus cartas.

-Bastos. Todos juegan bastos-. Al son, cada cual hace el examen parsimonioso de su juego: el hombre calvo de camisa color azul desteñido que está del lado izquierdo del señor de casa; a su lado izquierdo también, revisa el muchacho flacucho que lleva el guarapo en sus hombros, hijo menor del finado Ernesto; muchacho de sonrisa abierta que a veces le hace parecer zonzo. Frente al señor, vas tú y a tu izquierda el otro. En su orden ponen en la mesa, cada cual, su fortuna o desgracia de turno. Consecutivamente un consuelo y cuatro desalientos se disuelven. La nueva partida se condensa: ahora se va por copas. Tienes el AS y los otros lanzan sus quejidos de mala suerte, el señor de casa calla, el de tu

izquierda no ha ganado ni una sola ocasión. Las mujeres siguen en su asunto. La lluvia, las plantas y los perros, en el suyo también. Se llega al momento desesperanzador en que es oportuno hablar de algo, de lo que sea, la calma empieza a perturbar. El anciano calvo estaba contando su historia de la pesca más extraña que había hecho. El silencio del señor de casa se compartió con el resto sumiso y nadie se animó a seguir oyendo al viejo, a sus entonadas palabras obsoletas. El viejo se calla por la vergüenza de ser ignorado.

Fue en cuestión de segundos, en el silencio indeseable de los jugadores, cuando apareció la jovencita delgada en una camisa simplona y vieja que la hacía parecer más niña de lo que realmente era. Su atuendo, negligente al frío de la tarde le proporcionaba libertad a sus muslos tallados y sonrosados. A pesar de lo importante que pareciera detallarle las piernas, llamaba relevante atención la manera en que se miraba al espejo de la sala donde estabas. Abría sus ojos de tal manera que pareciera quererlos detallar bien; eran algo pequeños y le daban una mirada taciturna, pero la chica los redondeaba con una expresión que dejaba de lado esa impresión de zozobra. Su cabello estaba recogido, pero ese detalle no le quitaba calidad de bella. Era pues, una campesina de hermosura simple, de valor cuando se sabe examinar. El rubor de sus mejillas demacradas y de sus labios curvados, contrastaba acertadamente con su atuendo, con la hora del día, con su aparición de la nada. Francamente no la hubieses notado ahí de pie, haciéndole muecas a su "yo" del otro lado del cristal, descubriendo unos ojos color miel, rodeados de pestañas negras y definidas, una cabeza perfilada en todas sus partes…decía que francamente no la hubieses notado a ella, si no hubiera sido por el hombre de tu lado izquierdo. El tipo en cuestión es mucho más llamativo, tú lo crees así, por haber sido tan poco prudente al mirar a la chica. Este hombre es más bajo de lo común, anda como si cojeara, da la impresión de tener los brazos cortos, lo que lo hace parecer jorobado o con la dificultad de andar derecho; si te fijas, puedes verlo avanzar con sus piernas abiertas y sus brazos colgándole a la deriva –eso lo notarás mejor hasta que se finalice la hora de descanso y cada uno retome su labor-. Su aspecto lo termina de completar la expresión que tiene siempre sin importar cómo esté su humor: anda con un guiño en el ojo derecho, tan marcado es, que tuerce la mitad de su cara en esa expresión que inevitablemente le da la apariencia de hombre terriblemente contento.

Está claro que lo interesante de la escena es el enano que contempla sin pudor, ni recato, ni incidental disimulo a la chica. Fuera de ti, esto no es lugar de atención para los otros. Pues, todos saben que ella no habla con nadie; no se le ve nunca por el camino, sólo habita esta casa y jamás responde un saludo o intervención que alguien le hiciera al llegar. Es una chica sin habla a la que todo el mundo se acostumbró a transparentar con el ambiente. Y el enano es un tipo feliz que anda por todo lado, habla con todo el mundo; un espécimen también raro que no tiene algo maravilloso

de ser observado a menos que el señor de la casa lo descubriera.

El silencio queda roto cuando ves que el enano despide de su vista a la muchacha que vuelve al lugar de donde salió. Ahí lo oyes irrumpir la gravedad del juego, en medio del silencio sepulcral.

-Yo escuché que una vez, allí en la quebradita de arriba, allí donde *se acuerda ustedes* que fuimos qué día. Por ahí vivía una señora; decían que era una bruja. Pues yo no sé si era una bruja o qué era la vieja…-. El enano empezó su historia mientras cada participante seguía el curso de la nueva partida sin chistar. La historia, por cierto, la ves reconstruirse en tu cabeza, más o menos así:

Cerca de la quebrada limpia y rumorosa, a unos tantos minutos de la entrada a la vereda, hay una choza de madera y piedra que pocos han visto, pues se esconde entre la maleza; sólo se le ve si se está cerca del lugar, difícilmente desde la carretera. Todo el mundo habla de una bruja. Pero no se sabe con claridad si es de larga y verrugosa nariz como las historias infantiles de la otra orilla o si se trata de una mujer que consulta con el diablo. Lo cierto es que la gente habla de eso, se lo imagina, lo construye ¿Y si el lenguaje es creación? Entonces ciertamente hay una bruja. La bruja, seguramente reirá en las noches y vivirá cerca de gatos, cuervos, insectos y todos esos lóbregos animales que han participado en otros cuentos de terror, –aunque este no sea un cuento de terror, ni parecido. Hasta podría ser otra historia-. La bruja, será la bruja, la que produce espanto y hace cosas a su antojo, cosas MALAS, muy malas. Lo importante, no es ella en sí, sino que todo el mundo la relacione con un fenómeno bastante trágico.

Tres meses antes de esta partida de cartas, llegó a la zona un joven de treinta años. A simple vista lo identificamos todos como “buen tipo”. Era alto, más bien delgado, su cabello hasta los hombros y liso a la moda ochentera. Portaba siempre un morral, hablaba poco, pero siempre cortés. Tenía un chiquillo menor de los diez. Un chiquillo tierno, ingenuo, asombrado de todo lo que veía, tan silencioso como el progenitor, pero de un pensamiento inocente, libre; por su parte, la mirada recta del padre daba la cruda impresión de tener un pensamiento obsesivo y desgraciado que no le dejase tranquilo; por más que cambiara de vivienda ese pensamiento lo llevaba consigo. Tal vez él no supo que lo que tenía que hacer era viajar sin sus ideas; por eso, marchaba con ellas, su niño y el equipaje. El hombre llegó al pueblo en medio de su mirada hacia el mundo nuevo y las miradas receptivas coladas entre cada calle, dirigidas proporcionadamente a los visitantes particulares. Sabías –no por el enano- que había alquilado una habitación para él y su hijo, sabías que trabajaba cerca de la quebrada, cerca de la popular bruja.

Percibes que esta historia no tiene otra profundidad, es básicamente lo que cualquiera se hubiera imaginado: el hombre desapareció de un

momento a otro por algún hechizo sobrenatural a base de sacrificios de los animales ya referidos. Lo que sí te parece triste es, por supuesto, lo del niño. La arrendataria mencionó que no volvió a ver al niño. Sin embargo, dice que es como si estuviera en casa porque se oyen ruidos infantiles en la habitación, pero no se ve a nadie. Hay escondrijos que dan la falsa impresión de que está jugando a escabullirse de la realidad o de la gente; de todas formas, no se le ve, aunque se escarben los bultos de ropa.

Todo eso lo relató a sus palabras y tartamudeos el hombre de tu izquierda, el que llevaba perdido el juego, el que miró sin recato a la chica autista, el de los brazos que… (creo que ya está claro). Lo que no dijo fue la otra parte de la historia: conoces a una linda mujercita, sobrina de la señora de la tienda. Ella, que vivía en el Tolima en otro tiempo te parece una mujer agradable en el trato y el habla. La crees una linda mujer: cabello ondulado, morena; te gusta su manera de cocinar, de tratar a la gente sin prejuicios ni miramientos. No eres un hombre de compromisos, pero crees que esta vez…

Esta dama te comentó que su hermano un día, mientras bebía con sus amigos, de regreso a casa, pasaba por la quebrada en mención, eran como las tres de la mañana. Sea como fuere, él logró ver una luz cerca de la famosa choza de la bruja. El tenue reflejo desde la casa le permitió distinguir de lejos a aquel muchacho, al padre desaparecido. Según cuenta, lo reconoció por una camisa que le prestó un día –trabajaron por un tiempo en el arreglo de la casa de una recién viuda-. Mientras espiaba escondido entre la bruma, vio al hombre dirigirse como por encanto hacia la quebrada; lo veía como envuelto en una luz fosforescente –o eso crees que te quiso decir su hermana-. Lo impresionante fue, según te dijo ella que le dijo él que le dijeron sus ojos, que el hombre se acercaba sin que nadie lo llamara, por un hilo invisible, pero con una sonrisa agradable, de encanto, de satisfacción. Para indagar la profundidad de toda esa confusión, miró de cerca y encontró una figura de mujer. Una mujer en medio de la corriente palpitante, una mujer, una increíble mujer. Según te dijo era ella alta, blanquísima, más bien delgada, ojos azules, cabello de oro. Tenía vestido largo.

No eres tonto, le preguntaste si su hermano consumía… Ella te dijo que no, que él nada de eso, aunque su mirada te insinuaba que no confiaba del todo, que pensaba que tal vez algún día lo hubiese hecho sólo por saber de qué se trataba tanta algarabía. El argumento de valor apareció cuando ella, mientras te tomaba las manos, te dijo, luego de que ya estaban hablando de otros asuntos, como por una iluminación repentina, te dijo que su hermano no era fanático de ese prototipo de mujer europea, te dijo que siempre se inclinó por las mulatas bien proporcionadas. Ese tipo de razones le devuelven toda la lógica al asunto.

Pero la tarde se apaciguó por un embrujo. El enano hace siete segundos había terminado su historia, nadie hablaba. Las mujeres no pronunciaban palabras como si se hubieran ido sin ser notadas. Un pájaro marrón se asomó cerca a la ventana y entonó un par de soniditos. El perro dormido, la tarde balanceándose entre los cafetales, cada jugador sumido en su dolor privado hasta que el señor de casa pronuncia «escalera». Cada quién se resigna dejando sus cartas en la mesa. Fin del juego.